

SUPLEMENTO FEMENINO

DE

EL BIEN PÚBLICO

Año IX

Mahón 7 de Septiembre de 1933

Núm. 539

Por los niños

El café de París, de Biarritz. Estamos almorzando; a mi lado una señora encarga la comida de su perrito, un perrito como todos, feo y gruñón. Me miro; la señora, que no es psicóloga, interpreta mi mirada en el sentido más honorable.

—Todo el mundo se ocupa de él, es extraordinariamente inteligente; si yo contase algunas cosas que ha hecho las creería...

Hago un signo afirmativo. —Todo lo creo; pero prefiero que no lo cuente.

La francesa me mira extrañada. —¿Qué edad tiene el perrito? —pregunta.

—Tres años, pero no tiene suerte, ha padecido muchas enfermedades, me lleva a los médicos en inyecciones, baños preventivos, etc., ¡más de seis mil francos! No puedo contenerme:

—¿Con la de niños que hay en las instituciones?

La señora se indigna: —Un niño sería muchísimo más cuidadoso, cuando crecen sale a flote la tendencia de malos instintos, ¡y ni siquiera son agradecidos!

No discuto con ella; ¡no me complace! Pero me quedo pensando en palabras de Cristo: «Amad al prójimo como a vosotros mismos». Por eso nos amemos, no queríamos estar en una inclusa; por consiguiente, poco debíamos querer que estén adoptados. Adoptar un niño es complicado; pero no quieren los padres; luego, el niño quiere es el marido. Yo he resuelto el problema de otra forma.

Los niños, que son mis ahijados que nacieron huérfanos, se educan en el campo; sus padres adoptivos los tratan igual que a sus hijos. Serán de labradores o pescadores, como yo, no quiero hacer «clases», a medida que tengan aptitudes artísticas de pintores, músicos, etc. En este caso lo hago siempre, pero he y que ayudarlos. Los matrimonios que adoptan peques porque no han estado nunca en una inclusa.

Yo fui a la primera con mis hermanitas cuando tenía dieciséis años. El edificio era espléndido.

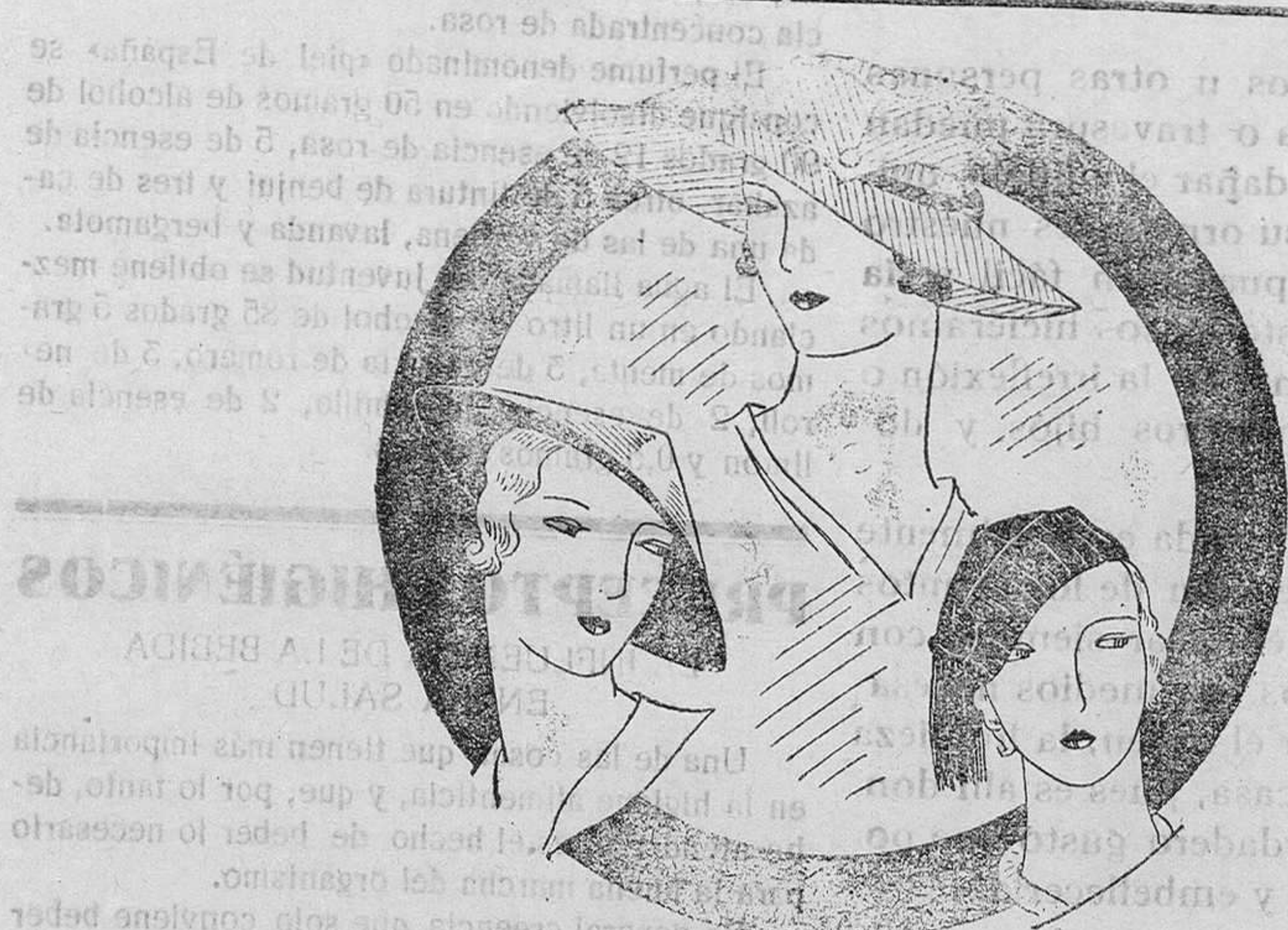
Después de tomar el biberón (casi siempre amas), los niños seguían llorando, reclamando más. ¡No había nada que representase la edad que tenían y parecían riquitos! Me acerqué a una cuna y ordené, ¡si yo allí fuese alguien!

—Esta niña rubita está demasiado gorda, que me den otro medio bibe...

Me acerqué a la directora. —Tienen su ración, para todos la misma, según la edad.

—Pues es poquísimo protesté—. Los niños ricos toman el doble. Naturalmente, no me hicieron caso. Me acerqué al patio donde jugaban los peques a seis años.

—Recuerdo que un niño con la cara cubierta de costras, al recibir el juguete



Capelina de piqué blanco, adornada con gros grain rojo. — Chochia de tricot de seda roja, adornada con una borla. — Sombrero japonés, de paja trenzada.

que le dábamos, tendió sus bracitos para abrazar; me retiré instintivamente. Mi hermana pequeña, más generosa que yo, le cogió en brazos y le besó; el niño, loco de alegría, la devolvía las caricias y se quería marchar con ella.

Yo había cogido de la mano al más guapo de todos.

—¿Cómo te llamas?

—¡Ángel!

—¿Cuántos años tienes?

—¡Cinco!

—¡Pues estás muy hermoso!

El niño me contestó con una sola frase, que explicaba el caso de una manera más lógica de lo que parece.

—¡Es que esos no tienen madre, y yo sí la tengo!

Si la sociedad comprendiese que saber ser madre con dignidad hace acreedores al perdón de culpas anteriores, habría menos niños en las inclusas, de donde salen los hombres amargados, rebeldes, casi todos con el alma deformada y la imaginación enferma.

LA DUQUESA DE MEDINA SIDONIA
(De «Ellas».)

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Agosto 1933.

Al fin llega el momento tan esperado por los pequeños y los grandes de partir al mar, a la sierra o al campo, y con aquél la hora de proveerse de una variada colección de vestidos: trajes para deportes, para la playa, el tenis y excursiones, toaletas para la tarde y las especiales para tomar el sol en las arenas. Todavía no se puede precisar si se llevará más el traje de playa o el pijama, pues los dos actualmente tienen repartida la predilección de las damas elegantes.

El traje de playa ha sido interpretado en varias formas por los grandes modistos parisienses; unos lo presentan muy corto como vestido para deportes o viajes, pero otros lo realizan con faldas muy largas y amplias, grandemente descotadas y que en rigor podrían ser utilizados para vestir de noche. Muchos están confeccionados para posibles transformaciones; queremos decir que con el mismo corpiño se pone una falda larga o corta, un pantalón y, generalmente, capa o bolero completando y variando las combinaciones. Estos vestidos de playa son muy sencillos; se llevan como bata cubriendo amenudo el malló de baño; se hacen de lienzo, algodón o jersey de la-

na, muy descotados, mayormente en la espalda y acompañados de capa o bolero unidos al vestido.

Vamos a describir tres preciosos modelos de vestidos de playa que hemos anotado últimamente. El primero es un pijama de jersey marino para el pantalón, y lo alto se hace de punto rayado azul y blanco; una chaquetilla de diferente tela blanca guarnecida en las mangas y en la solapa con tela azul marino, completa esta linda toaleta; cinturón blanco, gran capelina de este mismo tono adornada en todo su borde con una cinta azul marino. El otro es un vestido largo, igualmente para la playa, y que puede servir para la noche, confeccionado de «ribuldingue» de seda a rayas verde y negro, con los brazos, hombros y dorso completamente desnudos; el cinturón y los tirantes para el descote son de satén laca verde oscuro. El tercer vestido es corto, de tela de algodón en dos tonos amarillos; se cierra al lado izquierdo con tres botones y lleva la espalda muy descotada. Lo completa una capita postiza hecha de la misma tela, combinada, que el vestido.

Es también preciso preocuparse del tocado que se debe llevar en esta época, pues el sol a veces demasiado fuerte, puede ocasionar fácilmente una enfermedad. Los sombreros que estarán en boga son de piqué blanco o de lienzo, con grandes alas, pero no tan exageradamente como se llevaban en temporadas anteriores. También se llevarán las chocias de punto, boinas, casquetes de piqué o de lanilla y sombreritos ton kineses. Tres hermosos modelos son estos: una capelina de piqué blanco adornada con cinta roja, una chocia de punto de seda rojo vivo echada con arrogancia sobre una oreja y adornada con una borla muy grande, y un sombrero ton kinés confeccionado con paja o papel trenzado.

Las sandalias juegan un papel muy importante durante esta estación; deben acompañar siempre al pijama o traje de playa; se hacen con tiras de tela o de cuero, muy caladas, para dejar ver precisamente hasta las uñas finamente tocadas con un poco de barniz rojo. Se ven igualmente zuecos con suela de madera, articulada o no, poco recomendables porque ocasionan muchas molestias al andar y originan ampollas dolorosas en la planta del pie.

Para los niños—que tanto gustan de jugar en la arena—la estadia junto al mar es algo incomparable. Por esto es preciso que sus vestidos sean muy sencillos, sin complicaciones ni adornos; para la playa basta con el malló de baño y un bonito mameluco, que en colores vivos y claros, confeccionados en cualquier tela, resultan encantadores. Las niñas pueden llevar lindos pijamas y trajes de playa imitando los modelos de las damas. Un vestido muy bonito que hemos visto para jovencita puede hacerse de piqué o con otra tela de tono vivo, con tirantes en los hombros; enteramente descotado, se coloca sobre el malló y es muy apropiado para tomar baños de sol.

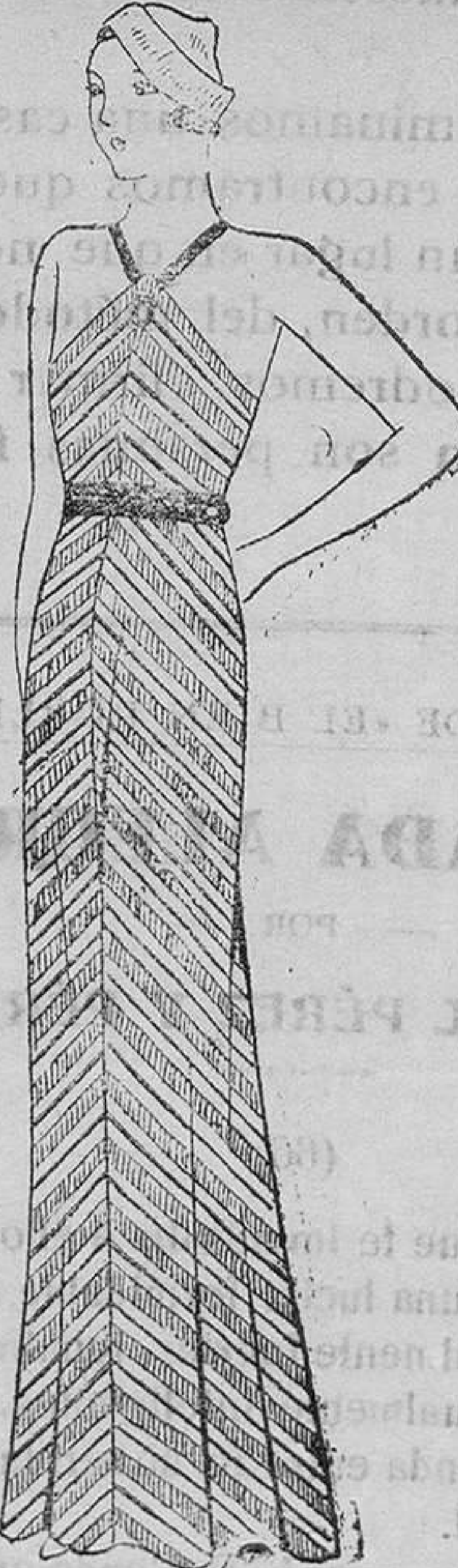
A. D'ENERY

Nietas y Abuelas

La abuela, con su boca desdentada; la nieta, con sus labios de rubí, debajo de una acacia deshojada sin tregua iban las dos hablando así: —¡Abuelita, por Dios, tu auxilio espero! Que me salves te pido por favor; quieren que olvide a Juan y yo me muero si me quitan tan dulce y tierno amor. —Piensa que por tu bien te lo arrebatan; que es por darte mayor felicidad; nadie muere de amor, tan sólo matan el reuma traidor y la humedad. —¿Tienes acaso corazón de roca? Separarme de Juan es muy cruel. —Yo también hace tiempo estuve loca y fui feliz sin él. A tu edad el amor pasa y se olvida... —Tú no sabes el golpe que me das. —Yo sé mejor que tú lo que es la vida porque he vivido más. —Pero es que yo le quiero con locura y soñar con su amor es mi placer. —¿Y poniendo en un sueño tu ventura dichosa quieres ser?

JESÚS GODÉT

Pasó el tiempo; la niña enamorada, el hombre que la quiso se alejó; creyó morir al verse abandonada, pero no se murió, Y avanzó de la vida hacia la meta, y en abuela se vino a convertir. Y cierta tarde, hablando con su nieta, oyéronlas decir; —Por él, sólo por él mi pecho late; si le pierdo, me muero de dolor. —¿Quieres callar, mujer? ¡Qué disparate! Nadie muere de amor. —La mujer que al amar dé su alma entera, quiere una vez no más, y yo la di. —Lo mismo pensé yo la vez primera y luego... reíncidí.



Vestido de playa, en ribouldingue de seda gris a rayas verde crudo y negro. Cintura y tirantes del descote, de satén laqué verde oscuro.

T. B. O.

SEMANARIO INFANTIL

Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados

Historietas — Cuentos — Chascarrillos.

Precio: 0'10 pesetas.

Vendese en Mahón en la Librería de Manuel Sintés Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.



Vestido de playa, de género de algodón de dos tonos de amarillo, adornado con una capita postiza y botones de níquel.

Esa del vestido rosa...

Esa del vestido rosa...
¡la que a mí me gusta, madre!

Esa del vestido rosa...
la que en el vuelo del baile
prespunteaba de gracia
la falda azul de la tarde.

Se me enredaron mis sueños
en los respuntes del aire.
Y eran azules y rosas
mis sueños de aquella tarde...

Esa del vestido rosa...
¡la que a mí me gusta, madre!

ANDRÉS CASASNOVAS

Del arreglo de la casa

La buena educación no se refleja únicamente en sociedad, sino también en todo lo que nos rodea y que se encuentra bajo nuestra inmediata inspección y gobierno.

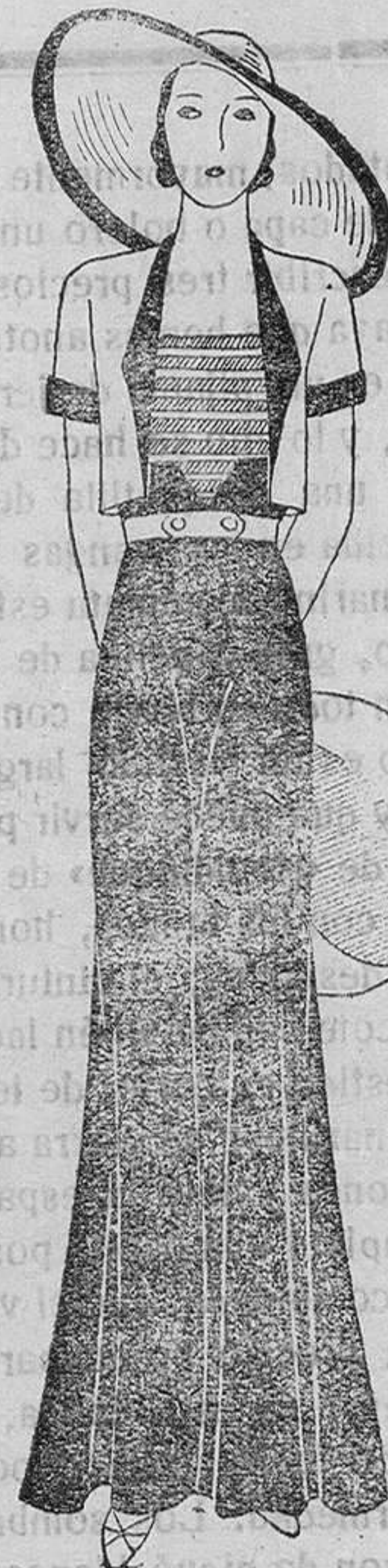
Si examinamos una casa en todo su interior y encontramos que no hay en ella ningún lugar en que no se halle el sello del orden, del método y de la elegancia, podremos afirmar que los que la habitan son personas finas o educadas.

La sala es el punto general de recibimiento, y en ella no aparecerán nunca otros objetos más que los que sirvan a la comodidad y recreo de las visitas los cuales estarán dispuestos con orden y elegancia.

En las casas muy concurridas debe haber cerca de la entrada, por ejemplo en el hall, un mueble aparente para colocar los sombreros, a fin de que al entrar no se vean en la necesidad de introducirlos en las habitaciones de recibimiento, pues desmerecería el lustre de las mesas y asientos.

Si tenemos niños u otras personas que por ignorancia o travesura puedan de alguna manera dañar el edificio quitándole en parte su ornato, es nuestro deber corregirlos, pues bien fácil sería la excusa que en estos casos hiciéramos consistir únicamente en la irreflexión o imprudencia de nuestros hijos y domésticos.

La mujer consagrada especialmente a la inmediata dirección de los asuntos domésticos, debe emplear siempre con oportunidad, todos los medios necesarios para contener el orden, la limpieza y la elegancia en casa, pues es allí donde se revela el verdadero gusto que posee para ataviarla y embellecerla.



Pijama de playa, de jersey marino para los pantalones y rayada azul y blanco. Chaquetita de tela, adornada con marino.

EN EL TOCADOR

AGUAS PERFUMADAS

Las llamadas aguas de tocador, cuyo empleo es tan agradable como higiénico, pueden hacerse en casa, con lo que se economizará bastante.

Con alcohol y cualquier esencia se hace un agua de tocador; pero el mejor producto se obtiene poniendo en maceración, que durará ocho o diez días, 300 gramos de pétalos de violeta en un litro de alcohol de 85 gramos.

La llamada agua de Portugal, una de las más famosas, se obtiene por la infusión de 5 gramos de cada una de las esencias de naranja y bergamota en un litro de alcohol de 85 grados, añadiendo, después de hecha la mezcla, 5 gotas de esencia concentrada de rosa.

El perfume denominado «piel de España» se consigue disolviendo en 50 gramos de alcohol de 90 grados 12 de esencia de rosa, 5 de esencia de azahar, otros 5 de tintura de benjuí y tres de cada una de las de verbena, lavanda y bergamota.

El agua llamada de Juventud se obtiene mezclando en un litro de alcohol de 85 grados 5 gramos de menta, 3 de esencia de romero, 3 de neroli, 2 de esencia de tomillo, 2 de esencia de limón y 0,5 gramos de anís.

PRECEPTOS HIGIÉNICOS

LA INFLUENCIA DE LA BEBIDA EN LA SALUD

Una de las cosas que tienen más importancia en la higiene alimenticia, y que, por lo tanto, debe atenderse, es el hecho de beber lo necesario para la buena marcha del organismo.

Es general creencia que solo conviene beber durante las comidas, para facilitar la digestión; y aunque esto es efectivamente indispensable, no basta.

Como la sangre circula mejor cuando es líquida, porque usa menos de la elasticidad de los vasos y de la del corazón, es útil, para obtener este resultado beneficioso, beber entre horas, aunque no con exceso.

Además, algunos órganos, como los riñones y el hígado, por la reunión de partículas areniscas que fueron rechazadas por todos los demás, pueden formar piedrecillas (cálculos), no siempre fáciles de expulsar.

Si se ingieren suficientes líquidos, como gran parte de ellos van a las vísceras que eliminan, e fecundan en ellas un verdadero lavado y se llevan los posos que pueda haber.

Respecto de la clase de líquidos que más ayudan a estos efectos, el mejor es el agua pura; pero ante la dificultad de obtenerla desprovista de gérmenes nocivos, debe emplearse mezclada con vino, en proporción de una cuarta parte de éste.

Entre las ventajas de este sistema, no es la de menor importancia la de impedir los trastornos intestinales que el cambio de aguas suele producir.

PENSAMIENTOS

En la locura, la juventud busca la juventud que sabe comprenderle... En el rincón querido, allí donde se piensa con cordura, se goza y se llora algunas veces, se busca los brazos queridos de un ser anciano que sabe consolarlos.

—La vida es prinzante y cruel cuando nos limitamos a vivirla, pero es hermosa cuando en vez de vivirla, la idealizamos ante el sueño poderoso y divino de un objeto creado por nuestra fantasía.

LECCIONES DE COSAS

LIMPIEZA DE LOS OBJETOS PINTADOS
Los objetos pintados no deben nunca limpiarse con jabón. Cuando haya necesidad de limpiar éste se hace una espuma abundante en agua, se lava con ella muy deprisa el objeto y se seca en seguida sin frotar.

PARA DESPEGAR ESTAMPILLAS

Las estampillas y etiquetas engomadas que se han unido unas con otras, pueden despegarse con una hoja de papel puesta encima. Sobre la hoja de papel se pasa una plancha caliente y ya está.

MANCHAS DE THE

Las manchas de the desaparecen por muy rebeldes que sean, aplicándolas una mezcla preparada por partes iguales de yema de huevo y glicerina. Cuando esté seca, lávese la tela habitualmente y la mancha se borrará en seguida.

PARA CONSERVAR LOS PARAGUAS

Cuando se compre un paraguas nuevo conviene poner en todas las articulaciones del varillaje un poco de vaselina que es excelente preservativo contra la oxidación y tiene la ventaja de no orrear ni manchar la tela, como sucede con el aceite. Además ello refuerza el varillaje, evitando que los paraguas se vuelvan.

DE COCINA

SALMON EN ALIOLI

Después de lavar el salmón, se parte en filetes, y éstos se tienen durante una hora extendidos, después de echarles unas gotas de vinagre crudo y un poquito de sal y pimienta.

Póngase a cocer con la menor cantidad de agua, y aparte, en otra cazuela, se hace un tanto con medio kilo de patatas peladas enteras con el agua salpimentada, dejándolas cocer hasta que casi se deshagan.

Mientras cuecen ambas cosas se fríen en ocho cucharadas de aceite con cinco dientes de ajo, y luego de frito, batiendo, se le mezclan por de cucharadas de vinagre, sazonando esta especie de alioli frito.

Cocidos los filetes, se escurren bien y se ponen en una fuente, en montón y en el centro, alrededor se coloca un cerco de patata, se todo con lo preparado en la sartén y se saca a mesa.

POSTRES DE REPOSTERÍA

TORRIJAS DE MANZANA

Las manzanas, que deben escogerse verdaderas, se parten en rodajitas, después de peladas, tándoles el corazón y la pipas, y poniéndolas en un plato, rocíense ligeramente con ron y se voréense de azúcar.

Déjense así media hora larga, mientras se ce un baño espeso, batiendo cuatro huevos con ron y azúcar.

En este baño se rebozan las rodajitas de manzana, echándolas en seguida en la sartén, que estará preparada con aceite bien caliente.

Cuando estas improvisadas torrijas estén doraditas, se sacan y escurren, cubriéndolas con azúcar.

Pueden servirse en caliente o en frío, según los gustos.

Imp. de M. Sintet Rotger - P. Pablo Iglesias, 17-18

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(66)

orgullo el que te impulsaba a ello, entablándose una lucha formidable entre los dos igualmente fuertes, igualmente tenaces, igualmente inteligentes. Una lucha tremenda entre tu soberbia y su generosidad.

—¡Oh!—murmuró el Conde en son de protesta.

—Y venció ella... ¿No había de triunfar, si es mujer?

De Fernando Cortezo se acabó de apoderar un miedo insensato e inexplicable, y obediendo a él, preso de una turbación que apenas pudo disimular, dijo atacando al Príncipe Romanieff, impaciente y con precipitación.

—Pero acabemos ya con tus imaginaciones... ¿De qué mujer estás hablando?

—¿De qué mujer quieres que hable?

—respondió flemático el ruso, mientras se agachaba a remover con las tenazas el fuego adormilado del hogar—. ¡De ella!

—¿Ella?—repitió Fenollar.

—Sí, de ella. En la vida de un hombre, cuando está enamorado, no hay más que una mujer, y esa mujer, sólo tiene un nombre... «Ella».

—Pero he aquí, mi querido Príncipe, que yo no estoy enamorado...

Sonrióse el ruso con una sonrisa ambigua que tanto quería decir mucho como no decir nada, y contestó con lentitud, taladrando con sus ojos azules, inteligentísimos, el alma que Fernando Cortezo trataba en vano de recatar a sus miradas de lince.

—Dices que has olvidado antiguos amores, ¿no es eso?... Te creo, pero esa misma facilidad con que lo has conseguido, esa precipitación en demostrarlo, ese interés en convencernos de ello y quizás en convencerte a tí mismo, me hacen sospechar otra cosa...

—¿Qué?

El tono de la voz de Fernando era ansioso, y el color de su rostro se había demudado, acentuándose su pali-

dez a los reflejos verdosos de las pantallitas coquetonas.

Muy gravemente, contestó el Príncipe Romanieff:

—Que en tu vida, Marta de Foyner ha muerto y ha nacido otra mujer sobre sus cenizas.

Sobresaltado el Conde, exclamó con el ceño fruncido.

—¡Pedro, Pedro, tus imaginaciones me atemorizan...! ¡Vas demasiado lejos!

—No tan lejos, querido, puesto que no salgo del Castillo de Fenollar. No quiero que mis palabras te causen pesadumbre... Son, como siempre, palabras de amistad.

—No, no me ofenden, pero me inquietan. ¿Qué has observado en mí que te mueve a hablar de esa manera?

—No puedo precisarlo. Mucho y nada. Desde luego, nada intencionado y precisamente por ello te concedo más valor. Cuando se acerca, los ojos te brillan con fulgores de pasión, cuando ella habla la oyes arrobado, en un éxtasis casi místico... Cuando al saludar te alarga la mano, te estremeces con escalofríos de emoción, y cuando en charla íntima te refugias con ella a

un apartado rincón, puede decirse que el mundo se hunde y que sólo ella existe en torno suyo.

—Acabas de esbozar mi personalidad, ¿cómo diré?... mi personalidad pasional con los tonos precisos y la seguridad de técnica de un maestro —dijo riendo irónico el Conde.—¿Conque escalofríos de emoción, éxtasis místicos...? ¡Pero si yo no he sido nunca romántico, ni espiritual, ni soñador, mi querido Príncipe!

—¡Bah!... «De poetas y locos todos tenemos un poco». No intentes burlarte y dime en confianza, como me has dicho muchas otras veces tus penas o tus esperanzas. ¿Estás seguro de no amar a Gloria?

—No—contestó al pronto, el joven, aturdído por la claridad de la pregunta. ¿Amar a Gloria...? ¿Acaso su orgullo le habría permitido pensarle siquiera?

Una turbación desconocida le envolvió. Paladeó aquellas palabras que tenían para él un sabor nuevo... ¡amar a Gloria! Parecióle que iba a pronunciar un juramento sagrado y temió manchar los labios con una falsedad.

—Estoy seguro...—Balbuceó des-

pues muy bajito, como si quisiera ponerse a sí mismo una seguridad que carecía.

Se encogió de hombros Romanieff convencido de que Fenollar era un consciente o un obcecado. O amaba a Gloria sin saberlo y la revelación baba de aturdirle, o negaba por orgullo.

—Así será, puesto que tú lo dices, pero yo que te conozco bien te aseguro a mí vez otra cosa y te digo: «Corta de Fenollar... tú amarás a Gloria».

El tono del Príncipe era solemne. Sus palabras caían impregnadas de una súbita emoción y Fernando Cortezo las oyó en medio de un silencio religioso, estremecida su alma por ellas como por un presentimiento de cosas futuras. Para distraer algo de impresión, intentó replicar con algo ligero.

—¿Es una profecía?

—No, yo no soy profeta, pero creo en los presentimientos, y desde el primer día en que conocí a esa delirante criatura, tuve el de que sería esposa de Fenollar.

El Conde quiso reír, pero la risa se le quedó en sus labios. Algo en su con-